

# Francisco Antonio Encina ¿Historiador o novelista?

**F**inalizando la triada de artículos dedicados a Vicuña Mackenna, Alessandri Palma y Francisco A. Encina no pretendemos hacer aquí, por la brevedad, un retrato hablado o escrito del popular historiador. Nos dedicaremos a reproducir y analizar las opiniones de otros importantes estudiosos de nuestra patria que han emitido sus juicios en relación al más conocido de nuestros historiadores en el presente siglo, tratando de dilucidar esta disyuntiva que nos entrega el título del presente artículo.

Francisco Antonio Encina Armanet fue un historiador autodidacta que dedicó gran parte de su vida a relatar los hechos más importantes de nuestra historia y de los personajes que la hicieron. Lo hizo en un estilo literario muy fuerte. Nadie olvida (precisamente para eso escribió así) los adjetivos calificativos que usó en demasía en su exitoso trabajo de veinte tomos. Ejemplos hay varios.

Para algunos Encina es el gran historiador del siglo 20, como Barros Arana lo es del siglo pasado. El gran erudito Alamiro de Avila Martel opinó de Encina: «fino, gentil, de una inteligencia extraordinaria». Para una de sus nietas Silva Encina «su tema era la Historia; su ideología, el nacionalismo; sus pasiones, el campo, las rosas y los caballos chilenos; su mérito, su memoria prodigiosa; su defecto, un desprecio olímpico por las críticas de sus detractores».

Hay algunos historiadores (fallecidos algunos y otros aún vigentes) que lo catalogan de «mitómano». Así se refería su más acérrimo enemigo, el historiador Ricardo Donoso Novoa, quien fue presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía en los años 1941- 1956 y 1969- 1974. En su libro «Encina, simulador» rebate su obra y su método poco científico. Donoso así lo retrata: «Desde cualquier ángulo que se le juzgue Encina era por sobre todo un huaso. Tenía de éste la astucia, la desconfianza, la perseverancia, la simulación, el odio al hombre de la ciudad y particularmente al intelectual, llamárase este letrado, profesor o periodista». Esa no es toda su opinión. Agregó: «...junto a sus anaqueles donde lo contemplaban Barros Arana, Lastarria (y muchos otros historiadores), elaboraba Encina su extensa superchería en veinte volúmenes». No cabe duda que Donoso derramó todo su encono hacia Encina.

La opinión del Premio Nacional de Historia Sergio Villalobos es un poco más suave aunque no difiere notoriamente de Donoso: «El mérito de la obra de Encina es que escribía bien. Impresionó tanto a Alone (Hernán Díaz Arrieta, crítico literario de «El Mercurio» y Premio Nacional de Literatura en 1959 al igual que Encina, al que le dieron ese premio ya que aún no se creaba el de Historia), que cada tema de la Historia de Encina merecía un entusiasta comentario». Y la palabra de Alone era sagrada. Lo que decía Alone era «la verdad»; ¿?

Por cierto que para Villalobos el Premio Nacional de Literatura otorgado en 1955 está bien dado, sin embargo,

en el análisis de su obra existen tres errores fundamentales en Encina; a saber: la confianza en su intuición; el racismo, junto con el sicologismo; y su rechazo despectivo a las actitudes divergentes, no así a todo lo que concordaba a su mentalidad».

Para Villalobos, y al parecer para muchos más, Encina plagaba a Barros Arana, lo que resulta obvio y demostrable.

Eulogio Rojas Mery, fundador del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera, señala sin mencionarlo que Encina es un novelista criollo (Don Pancho, como también se le nombraba, escribió que el general Carrera en su sangre tenía algo de «demoníaco», que parece venir del Oidor Verdugo).

Así era Encina, no dejaba títore con cabeza. En un reportaje de la «Revista del Domingo» de El Mercurio, de hace algunos años, se registran algunos ejemplos de manera tajante de opinar. A Carrera lo tildó de «desconformado cerebral»; del general Baquedano dijo que «era un imbécil en plena infancia mental»; que Williams Rebolledo era «sifilítico». Y otra frase para el bronce: «Barros Arana era falto de agudeza psicológica, miope intelectual». Lo que resulta raro es que aún así se le considera «el» gran historiador.

Aparte de las críticas hacia él, Encina tuvo grandes admiradores como Diego Dublé Urrutia, su pariente y amigo Guillermo Feliú Cruz, Ricardo Latcham y el mencionado Alone, este último sobre todo. Por cierto Leopoldo Castedo, con quien hizo la exitosa dupla.

Quien haya leído la Historia de Chile escrita por Encina podrá sacar sus propias conclusiones. Quizás concordemos que historiador o novelista, Encina con su estilo ameno conquistó al público lector y, tal vez esa estrategia, le llevó al sitio en que se encuentra.



Zenón Jorquera  
Figueroa.  
Socio de la Sociedad  
Chilena de Historia y  
Geografía.